

refiere que una prelada muy santa, pero muy ignorante, le prohibió el estudio como *cosa de Inquisicion*, y que entonces ella sin tomar un libro se dedicó á observar los caracteres de las compañeras, los juegos de las niñas, haciendo consideraciones geométricas en un trompo que bailaban ó en las líneas paralelas del techo de su celda; observando en medio del silencio de la noche y desde el claustro la misteriosa marcha de las estrellas en el firmamento ó los cambiantes de luz en el crepúsculo, y buscando las leyes de la perspectiva en el movimiento de los cuerpos. Este es el momento mas sublime de la vida de Juana; la ignorancia, las preocupaciones de su época le quitaban los libros de la mano; su superiora en nombre de la religion le prohibia el pan de la inteligencia, y entonces ella, en alas de su génio, tomaba á la naturaleza por libro, á su instinto de observacion por maestro, y sola, grande é infatigable, demostraba que no hay autoridad, ni poder bastante para ahogar ese derecho sublime que se llama *libertad de pensamiento*.

¿Qué pueden las preocupaciones de un siglo contra el génio, qué la tiranía de la ignorancia contra la conciencia? Nada. Todos aquellos séres que rodeaban á Juana, que le arrebatában los libros de la mano, que condenaban con la voz del superior ó con la autoridad del prelado, su estudio y su ciencia, no pudieron reducir su cerebro, no pudieron esclavizar su voluntad, y en una sola carta entregó á la picota de la historia y de la crítica todas aquellas aberraciones de su tiempo, que se levantaban contra ella y que ella pulverizaba ejerciendo la mas santa de las prerogativas del sér humano, la inviolabilidad de la conciencia.

La carta de que hablamos prueba que la vida monástica fué para Juana un prolongado martirio; que superior á sus hermanas de cautiverio, éstas que no la comprendian, eran los principales enemigos del que era el encanto de su vida, el estudio, y que Juana, como todos los séres superiores que nacen en una sociedad atrasada y en una época en que impera el fanatismo, fué un mártir sacrificado en aras de la estupidez.

Aquellos rigores de que habla en su carta no cesaban; un dia se vió privada de sus libros (1) que ordenó se vendiesen para socorrer con su producto á los pobres, y obligada á seguir una vida de penitencia, por su confesor el jesuita Nuñez, el mismo que la habia aconsejado que abrazase la vida monástica. La muerte vino al fin á arrebatarla á una vida tan opuesta á su carácter y á sus gustos; por los años de 1694 á 1695, gobernando la Nueva España D. Gaspar de la Cerda Sandoval, conde de Galve, se declaró en el convento de San Gerónimo una terrible epidemia, que segun el P. Calleja, *de diez religiosas que enfermasen apenas convalecía una*; Juana dedíose entonces á socorrer á sus compañeras, hasta que contagiada tambien sucumbió, sin que perdiere el juicio un solo instante, el 17 de Abril de 1695.

Ya en vida su fama era inmensa: sus contemporáneos la daban los dictados de la *Décima Musa* y de la *Fénix americana*; la posteridad, mas justa todavia, le ha concedido los honores debidos al génio, y hoy mismo sus obras impresas en Santa Fé de Bogotá, excitan la admiracion del continente sud-americano.

De ella decia el célebre Feijóo lo siguiente: "Juana Inés de la Cruz es conocida de todos por sus eruditas y agudas poesías; y así es escusado hacer su elogio. Solo diré que lo menos que tuvo fué el talento para la poesía, aunque es lo que mas se celebra. Son muchos los poetas españoles que la hacen ventaja en el númen; pero ninguno acaso la igualó en la universalidad de noticias de todas facultades" "Si discurremos por las mujeres sábias y agudas, sin ofensa alguna se puede asegurar que ninguna dió tan altas muestras (que saliesen á luz pública) como la famosa monja de México, Sor Juana Inés de la Cruz."

En efecto, la poetisa mexicana mostraba un gran conocimiento del mundo y del corazón humano; su célebre defensa de las mujeres no tiene rival, y en cuanto á la profundidad de sus máximas rivaliza á veces con el mismo Argenso-

(1) El P. Calleja.

la. En esa su composicion eternamente citada y eternamente bella, dice:

Hombres nécios que acusais
A la mujer, sin razon,
Sin ver que sois ocasion
De lo mismo que culpais.

.....
Combatís con resistencia,
Y luego con gravedad
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.

.....
Quereis con presuncion nécia
Hallar á la que buscais,
Para pretendida Thais,
Y en la posesion Lucrecia.

¿Que humo puede ser mas raro
Que el que falto de consejo,
El mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?

Con el favor y el desden
Teneis condicion igual,
Quejándoos si os tratan mal,
Burlándoos si os tratan bien.

Y preciso es convenir que la mujer que así escribía, tenía sobre una gran intuición un gran conocimiento de la vida. Uno de sus biógrafos tiene razon al decir que su génio se inclinaba á la poesía cómica y festiva, y en cuanto á sus obras poéticas, pues que las místicas murieron con la época que las inspiraba, justo es defender á Juana de una acusacion que se la hace por los que no han estudiado á fondo ni sus *liras*, ni sus *epigramas*, ni su comedia *Los Empeños de una casa*, ni su *sueño*. Dícese que Juana estaba viciada en la escuela de Góngora; la época y el país en que vivía se prestaban á ello, y á veces para satisfacer el gusto de sus contem-

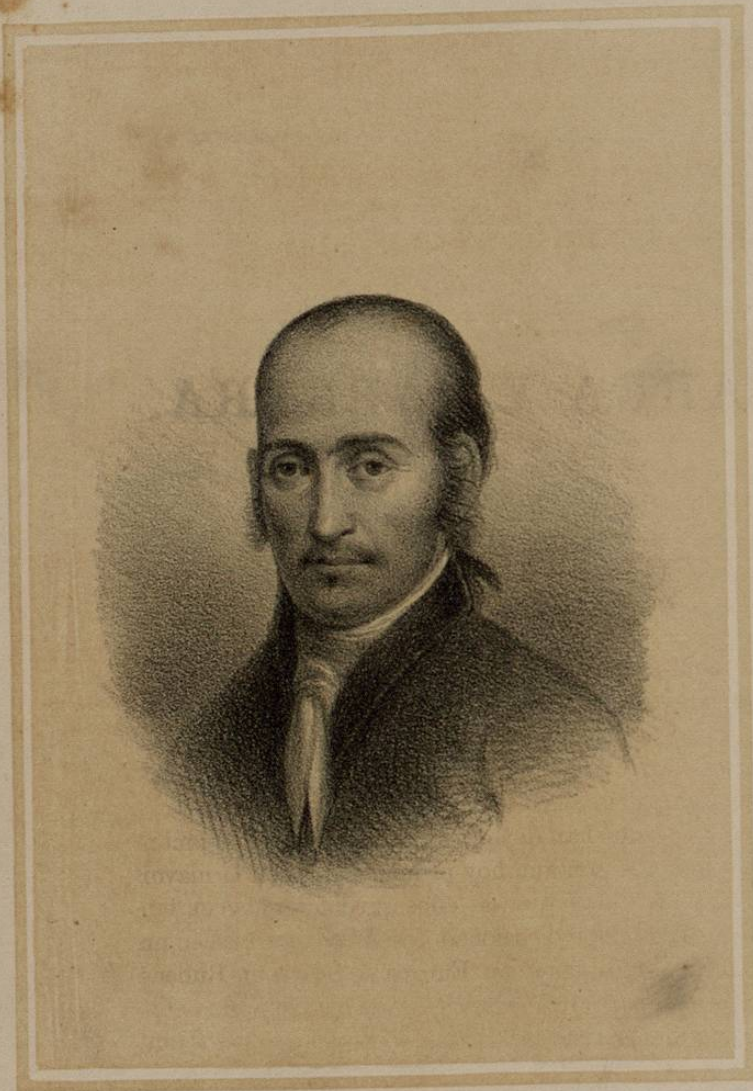
poráneos daba culto al *culteranismo*; pero su estilo parece mas bien forjado bajo el modelo de Calderon, su intencion filosófica en la de Argensola, ó mas bien en la de Séneca, y en medio de todo se nota una gran originalidad que mal encubren las imitaciones del lenguaje. Pero hay otro aspecto bajo el cual se debe considerar á Juana: su amor patrio; raro parece que en aquella época hubiese ya una profunda division entre criollos y peninsulares, pero el sainete segundo de Palacio que acompaña á la comedia *Los Empeños de una casa*, lo atestigua; en él supone la poetisa que unos actores silban su comedia porque como no era escrita en España era mala, y que otro personaje azorado con la gritería diga que parecen *gachupines acabados de llegar*, terminando con un rasgo cómico de primer orden, y es que un personaje se escusa de silbar, porque como criollo no sabe pronunciar la *c*. Esta ironía profunda, esta maledicencia contra los dominadores, prueba que la division entre criollos y españoles habia ya sembrado profundas aversiones desde que los primeros hijos de españoles nacidos en América se vieron considerados como inferiores á los peninsulares por este solo hecho.

De Sor Juana Inés de la Cruz se puede decir que los defectos que tuvo fueron de su época, de su época en la que imperaba un horroroso fanatismo, en el que se copiaba servilmente las cosas de España; en la que el clero, dueño absoluto de las conciencias, lo dominaba todo. Reasumiendo el juicio sobre la que mereció el dictado de *Décima Musa*, se puede asegurar como Feijóo, que fué una de las mujeres mas extraordinarias de todos los tiempos y todas las edades: niña, apenas empieza á balbutir, y ya sabe leer; jóven, brilla en la corte de los vireyes, no tanto por su hermosura como por su saber; da por fin culto á las preocupaciones de su tiempo, y en el claustro la persigue la ignorancia, la atormenta, y ella se sobrepone á todo, vence todo y conquista por fin la inmortalidad. Lo que mas notable se hace en Juana, es que su imaginacion exaltada y su clausura no la llevasen hasta los extravíos de Santa Teresa; nunca la monja mexicana po-

seyó eso que los teólogos llaman *amor divino*; el amor de que hablaba era mundano, y fiel observante de las reglas monásticas y dechado de virtudes, de bondad, de trato amable, nunca malgastó su talento en exaltaciones ridículas y éxtasis como los de la monja española.

Sor Juana Inés de la Cruz, que con mayor derecho pertenece á la literatura mexicana que Alarcon y Gorostiza, aun no tiene un monumento digno de su gloria y digno del país que la vió nacer; no hablamos de una estatua, sino de una fundacion que recordase su nombre y sus virtudes mientras existiese nuestra nacionalidad: haber convertido en colegio de niñas el convento de San Gerónimo, haberle dado á este colegio el nombre ilustre de la poetisa mexicana, hubiera sido una accion digna de los reformadores de 1861. Pero al contrario, lo precipitado de la exclaustacion en aquella época impidió que los Sres. Zarco y Tellez sacasen los escritos inéditos de Sor Juana, que existian en el convento segun confesion de la abadesa, y que por mandato del arzobispo de México no se enseñaban á nadie; pero afortunadamente Sor Juana habia alcanzado ya la inmortalidad viviendo todavia, y sus obras que corren impresas bastan para asegurarle un lugar distinguido en el templo de la gloria.

GUSTAVO BAZ.



S. HERNANDEZ LITOP.

LIT. N. IRIARTE, MEXICO

MIGUEL CABRERA

IBARRA Y CABRERA.

I.

HÉ aquí á dos hombres que han sido, por decirlo así, la expresion, el conjunto y el resúmen del arte pictórico mexicano en el siglo XVIII, y que, á pesar de los graves defectos en que incurrieron, todavia hoy son considerados en nuestra patria como los artistas por excelencia.

Eternos recuerdos han dejado en México estos dos pintores. Sus nombres son aun hoy pronunciados con la mayor veneracion, y las obras que de ellos quedan tenidas en tan grande estima, que los coleccionadores mexicanos buscan un Ibarra ó un Cabrera, como en Europa se busca un Rubens ó un Rafael. Sin participar nosotros de ese exagerado entusiasmo que á tantos errores conduce, no podemos menos que reconocer que Ibarra y Cabrera eran dos excelentes artistas. El período de decadencia del arte mexicano les alcanzó en gran parte. De aquella escuela importada á México por Baltasar de Echave no quedaban mas que vagas tradiciones, una

manera de pintar semejante y el mismo misticismo, aunque un poco adulterado por la gran prosperidad material que en el siglo anterior al presente habia alcanzado la Nueva España. Pero en cuanto al dibujo, en cuanto á la forma, las pocas reglas que á este respecto tuvo la escuela de Echave habian sido olvidadas por completo. No era el modelado el fuerte de los pintores mexicanos del siglo XVII; pero al menos no despreciaban aún la forma al grado que la desdeñaron sus sucesores. No se copiaba el natural; pero se conservaban aún de la forma los recuerdos de las escuelas españolas. En la siguiente centuria, ninguna memoria, nada absolutamente quedaba del modelado. Una mancha de color, sobrè la que se habian dibujado ojos, boca y nariz, constituia para los artistas de aquel tiempo una cabeza; los demas miembros del cuerpo humano eran ejecutados de un modo que recuerda mucho las esculturas de madera que cubren los altares: masas de color de carne, sin músculos, sin nervios y sin vida.

Así es que no será bajo el punto de vista de la correccion como juzguemos á Cabrera y á Ibarra; otras serán las cualidades que en cuenta les tengamos, á saber: el sentimiento, la inspiracion, la inventiva y algo de colorido. No fueron artistas consumados; pero en la época y condiciones en que vivieron, comparados con los pintores contemporáneos suyos, es imposible dejar de conocer que ocuparon el punto mas elevado en la escala del arte.

Dicho esto á manera de exordio, entremos en materia.

II.

D. José Ibarra nació en la ciudad de México, si la tradicion debe ser atendida, por los años de 1688. El Sr. D. Bernardo Couto en su *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*, parece poner en duda la fecha que se da al nacimiento del artista, como del siguiente párrafo puede deducirse: "Su amigo y colega D. Miguel Cabrera aseguraba en el mismo año de su muerte que habia llegado á una edad respetable, y que habia conocido, no solo á los célebres pintores de su siglo, sino á muchos de los que florecieron en el anterior (Maravilla americana, § 4, pág. 9), lo cual no sé si pueda decirse con propiedad de un muchacho de 12 años, que eran los que debia tener al concluirse el siglo XVII, si efectivamente habia nacido en 1688."

No deja de tener su fuerza la observacion, tanto mas, cuanto que parece indudable que Ibarra fué discípulo de Nicolás Correa, pintor que existió á mediados del décimo sétimo siglo.

Poco se conoce de la vida de este artista, y con excepcion de la gran fama de que disfrutó y que llegó al grado de que se le llamase el Murillo mexicano, no se sabe de él otra cosa si-

no que murió en México el 21 de Noviembre de 1756: así es que, en lo que únicamente nos fijaremos, como digno de atención, será en sus obras.

Hay la preocupación, admitida generalmente, de que el carácter distintivo del estilo de Ibarra era la belleza del colorido, á tal grado, dicen algunos escritores, que sus cuadros pueden rivalizar con los mejores de la escuela veneciana. Sin juzgar con demasiada severidad, no vacilaremos en decir que quien tal opinion se ha formado de Ibarra y de la escuela veneciana, no conoce á ésta sino de oídas.

No era el colorido la dote mas notable de Ibarra, y si decimos que absolutamente no lo conocia, no nos arrepentiremos de nuestro dicho. Esos colores vivos, escandalosos, como los llama un célebre crítico francés, dotados de una crudeza tal que parecen haber acabado de salir de la tienda del mercader, no pueden ser hermosos, no pueden tener verdad alguna.

El vulgo jamas se fija sino en esos rudos contrastes de color que, al herir su vista, producen en él una agradable impresion. Esos colores desvanecidos, esas medias tintas que con tal profusion prodiga la naturaleza, nunca pueden ser de su gusto.

Como ningun sentimiento delicado existe en él, como carece por completo de la finura de observacion, tan indispensable para apreciar las obras de arte en su verdadero valor, necesita para gozar ser conmovido de una manera enérgica. Hé aquí el secreto de Ibarra, y la causa de esa profunda admiracion que el vulgo le tributa. Los dos colores mas hermosos del iris, el rojo y el azul, son prodigados por él hasta la exageracion. Abigarrado conjunto de colores vivos y agradables, pero sin dulzura, ni verdad alguna; el estilo pompeyano aplicado á una miniatura de porcelana de Sajonia, tales son las pinturas de Ibarra. El ignorante en estética, incapaz de analizar y de sorprender las delicadezas del detalle, percibe á primera vista un mosaico multicoloro, y declara á Ibarra un gran colorista.

Otras son las cualidades de este pintor, y que no se le tienen en cuenta por desgracia. Ibarra quizá sea de todos los pintores de su época el de mayor imaginacion ó inventiva: tenia cierta facilidad para componer, que hace que sus cuadros pertenezcan á un estilo enteramente distinto del que se usaba en la época en que existió.

Así como en el colorido, sus conocimientos en dibujo eran escasos: la forma era completamente descuidada por él, y raras son las obras de este artista en que se descubre algun estudio del modelado.

Como seria empresa sumamente difícil hacer un estudio detenido de todos sus cuadros, la mayor parte de los cuales se encuentran en la catedral de Puebla, nos fijaremos únicamente en dos de los mas notables, que reasumen en sí todas las cualidades del pintor, y en los que sus defectos son menos visibles.

La "Presentacion del Cristo en el templo" es un pequeño boceto, tan acabado, que bien merece los honores de cuadro.

Hay en esta obra un sentimiento exquisito, un gusto que, si se hubiese refinado con el estudio, habria hecho de Ibarra un artista de primer orden. La composicion es sumamente feliz; las figuras están agrupadas con arte; el dibujo es bastante correcto, y para que nada falte, hasta el colorido, que tan duro es en otros cuadros del mismo pintor, es en el que nos ocupa al presente, dulce, verdadero y armonioso.

"La Purísima" del mismo autor es, sin duda alguna, el cuadro mas notable que produjo su pincel. Recuerda algo á Murillo en la manera de pintar los ángeles y en esos maravillosos tonos de color que eran el gran secreto del artista sevillano. El dibujo es correcto, hay bastante modelado y la composicion es excelente.

El 21 de Noviembre de 1755, como dijimos antes, murió en México este artista, que con otros elementos, habria merecido bien el nombre de Murillo mexicano, que sus contemporáneos le dieron.

III.

Vamos á pasar ahora á Cabrera, el gran artista, el pintor por excelencia, como el Sr. Couto le llama.

La fama que Cabrera alcanzó en su época no ha muerto aún; y hoy todavía, su nombre es la personificación del arte pictórico en México. Y, cosa extraña, ningunos datos se tiene acerca de su nacimiento y de su muerte, y aun hay disputa sobre el lugar en que ambos acontecimientos se verificaron.

La tradición refiere que era un indio zapoteca nacido en Oaxaca; aun cuando el Sr. Couto asegura que en su juventud oyó decir que era natural de la villa de San Miguel el Grande, en el Estado de Guanajuato.

Respecto de su muerte, se cree que debió acontecer por los años de 1770, pues existe un retrato de su mano que llevaba la fecha de 1764.

Ocupémonos, pues, de sus obras, y para hacerlo, fijémonos en sus cualidades y defectos principales.

El primer don de Cabrera, como artista, fué la fecundidad, que no ha tenido rival ni entre los creadores génius del Renacimiento.

“Formar la lista de sus obras, dice el Sr. Couto en el libro tantas veces citado, seria cosa imposible; porque materialmente llenó de ellas el reino, y no solo las hay en todas las grandes poblaciones, sino que suele encontrárselas hasta en las pequeñas, y aun en el campo. Esta fecundidad no provenia únicamente de lozanía de imaginacion, sino de una facilidad y soltura de ejecucion que hoy no podemos concebir.

“Entre sus obras clásicas ocupa señalado lugar la Vida de San Ignacio, que dejaron los jesuitas en los corredores bajos del primer patio de su casa profesa. Son 32 grandes cuadros al óleo, cada uno con muchas figuras, casi todas del tamaño natural, trabajadas con esmero y bien concluidas. Yo me quedé admirado cuando leí en los cuadros que la obra se habia empezado el día 7 de Junio de 1756 y se habia terminado en 27 de Julio de 57; es decir, en menos de 14 meses, tiempo que apenas bastaria hoy á un artista ejercitado para pintar tres ó cuatro de aquellos lienzos.”

Es de advertir en cuanto á esta fecundidad, que la mayor parte de los pintores mexicanos tomaban de estampas de la época los asuntos de sus cuadros, y que Cabrera no fué una excepcion de esta regla general; sin embargo, aun en este caso, es necesario convenir en que ha sido uno de los artistas que mas han producido.

Cabrera se distinguió igualmente por una gran dulzura y suavidad en la ejecucion; estaba dotado ademas de gran sentimiento; y su colorido, aunque relativamente, es muy superior al de todos los pintores de su tiempo. ¡Lástima que la forma y el dibujo hayan sido descuidados completamente en sus obras!

Enumerarlas todas seria imposible: haremos con él lo que con Ibarra: detenernos en las dos mas notables que de su mano existen en la Academia Nacional de Bellas Artes de México.

En la “Vision del Apocalípsis” encontramos una regular composicion, en la que se notan grandes bellezas: las figuras del arcángel y del Padre Eterno, expresan ideas sumamen-

te mezquinas; pero en cambio, las de la Virgen y el Niño son bellísimas de expresion y sentimiento. El dibujo es extraordinariamente débil: como en todas las obras de Cabrera, no hay conocimiento alguno de la forma ni del modelado. El color es sumamente verdadero y feliz.

En una imágen de San Anselmo, encontramos magnífico colorido, una figura dulce, apacible, sentida, regular dibujo, y aunque el modelado no es perfecto, hay sin embargo bastante exactitud en él.



H. HERNANDEZ LITOG.

LIT. DE H. IRIARTE

SAN ANSELMO.
(Pintura de Miguel Cabrera.)

IV.

Tal fué Cabrera. Juzgado de una manera absoluta, no nos atreveremos á decir que fué un gran maestro; pero relativamente, teniendo en cuenta la época en que vivió, los escasos elementos de que disponia, y sobre todo, su inmensa superioridad sobre los pintores contemporáneos suyos, no podemos menos que ver en él á uno de los mas grandes artistas que México ha producido.

F. G. COSMES.

INDICE.

	PÁGS.
Malintzin	7
Xicotencatl	25
Xolotl	47
Netzahualcoyotl	67
D. Martin Cortés	207
Bartolomé de Medina	227
D. Luis de Velasco el segundo	237
Los pintores Juarez	261
D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza	283
Pintores mexicanos del siglo XVII	331
D. Carlos de Sigüenza y Góngora	341
Sor Juana Inés de la Cruz	353
Los pintores Cabrera ó Ibarra	373

GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

	PÁGS.
La Malintzin	7
Alvarado	14
Hernan Cortés	17
Xicotencatl	25
Muerte de Xicotencatl	42
Huitzilihuitl. 1 ^{ra} geroglífico	56
" 2 ^o id.	58
" 3 ^o id.	60
" 4 ^o id.	62
Netzahualcoyotl	67
Tormento de D. Martin Cortés	218
D. Luis de Velasco	237
"La Oracion en el Huerto," de Luis Juarez	279
D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza	283
"Santo Tomás," de Sebastian de Arteaga	336
"San Juan de Dios"	339
Juan Rodriguez Juarez, pintor	337
D. Carlos de Sigüenza y Góngora	341
Sor Juana Inés de la Cruz	353
Cabrera, pintor	373
"San Anselmo," pintura de Cabrera	380

